



Las Orquídeas Valientes

*Un cuento para niños
por Luisa Gabaldón de Pellegatti*

Compilación y Adaptación:

Rogelio Carrillo Penso

Allí estaban las veinte orquídeas sentaditas en sus porrones mirándose las caras unas a otras. ¿Qué había pasado? se preguntaban. Años antes las venían a cuidar todos los días. Las regaban, limpiaban, podaban, desinfectaban y alimentaban. Hasta les hablaban. El que las cuidaba eran un señor mayor que caminaba con un bastón. Posteriormente se desplazaba en silla de ruedas pero, a pesar de la dificultad para moverse que esto implicaba, nunca había dejado de visitarlas diariamente. ¿Y ahora? ¡Nadie ni siquiera se les acercaba! ¡Qué tristes y abandonadas se sentían! No les provocaba levantar sus hojas y mucho menos hacer el intento de producir flores desde sus entrañas. Allí estaban, se puede decir prácticamente sobreviviendo de milagro.

Recordaban aquellos días felices tantos años antes, cuando había muchas más. Todas estaban colocadas cuidadosamente en cesticas de madera en un orquideario hecho a propósito para alojarlas, con todas las indicaciones para su cultivo seguidos al pie de la letra. El señor que las cuidaba se pasaba la mayor parte del día con ellas. En ese tiempo había diversas familias. El había coleccionado especies pertenecientes a las Cattleyas, Dendrobium, Phalaenopsis y Vandas entre otras. Ocasionalmente personas aficionadas lo visitaban. Algunas venían a comprar una orquídea para sí o para un amigo que la había solicitado. También llegaban a venderle al señor especies poco comunes. Cuando alguna orquídea era vendida, las que se quedaban la despedían con todo cariño, enviándole mensajes eléctricos de buena suerte. Sabían que sería muy difícil volverla a ver. Si llegaba alguna nueva, las otras trataban de hacerla sentir bien, lo que no siempre era fácil porque a veces la recién llegada estaba llena de ínfulas y se creía más que todas. Bueno, eso le pasaba pronto porque se daba cuenta de que sus compañeras orquídeas no se impresionaban con los aires que se daba y, en consecuencia, empezaba a comprender que su comportamiento no era aceptable para la comunidad de ese orquideario. Las orquídeas de ese orquideario eran verdaderas amigas y se animaban unas a otras. Se sabían hermosas, cada una en su propio estilo. Ninguna advenediza iba a hacerles creer lo contrario.

Recordaban cuando las llevaban de viaje. En las exposiciones se divertían mucho al escuchar los chismes de las orquídeas de otros dueños y dueñas. Que el señor tal se había enojado tanto con una de ellas porque no había florecido en tiempo para la exposición que le cortó casi todas las hojas, y comentaban con lujo de detalle cómo había llorado la pobre al verse así, casi desnuda. Que otro grupo no había reconocido a su dueña porque se había pintado el pelo de rojo. Contaban que estaba buscando novio. Otro grupo hablaba de cómo se le había ido la cocinera de su dueña, después que esta le echara tremendo regaño porque había quemado todas las arepas que eran para el desayuno de la familia. ¡Vaya si tenían cuentos que contar! Y eso que no se metían en las aventuras amorosas de sus dueños, no porque no se daban cuenta de los besos robados, de los abrazos a escondidas, sino porque eran muy discretas.

Algunas veces había salida premiada una de ellas. Eso era motivo de grandes celebraciones que se manifestaban en veloces ondas eléctricas emitidas por todas ellas, imperceptibles para los humanos pero que hacían muy feliz a la premiada a su regreso. Todas se enorgullecían de que habían galardonado a una de sus amigas. El dueño de las orquídeas las premiaba a todas dándoles un alimento especial para fortalecerlas. Había caricias para todas. Cómo les gustaban que les tocaran las hojas. Las hacía sentir la empatía existente entre su dueño y ellas. Eso era felicidad pura. El sentirse tan bien se manifestaba en el verdor de sus hojas, en la forma como sus raíces proliferaban, algunas alzadas en el aire para alimentarse y otras que se fijaban bien en sus cestas para no caerse. Por supuesto al florecer, la alegría manifiesta del señor que las cuidaba las llenaba de felicidad cuyo efecto se traducía en el esfuerzo que ponía cada una para abrirse con toda la generosidad posible y emitir el suave aroma que las caracterizaba. Naturalmente, no todas florecían al mismo tiempo. De esa manera siempre había sorpresas en el período de floración cuando el dueño las iba a visitar.

Bueno, después de estas remembranzas que duraron varias semanas calculadas según el reloj biológico floral, las orquídeas finalmente supieron lo que había pasado. Las hormiguitas negras, sus frecuentes compañeras les dieron la noticia. Su dueño las había dejado para irse a otro mundo. No, no fue de pronto. El tenía tiempo de estar enfermo, pero aún así las había visitado a diario en su silla de ruedas. Las orquídeas pobrecitas se sintieron tan tristes que por sus hojas corrieron góticas, como si fueran lágrimas. Ni hablar de volver a florecer pensaron ellas, al menos por un buen tiempo.

Sorpresivamente, el día que hubiera cumplido años su dueño, una de ellas produjo una hermosísima flor. La sorpresa fue para todo el resto de las personas que vivían en la casa. Fue tal el empeño que hizo la orquídea para producir una flor en su máximo esplendor, que no tuvo la fuerza necesaria para seguir luchando contra las condiciones adversas en que vivía. En consecuencia, además de ofrecerle el muy personal obsequio a su dueño, le ofreció su vida. Al marchitarse la flor, la orquídea entregó su pequeña alma al Creador y fue a reunirse con su dueño en ese mundo infinito donde van todas las almas, humanas o no, al abandonar el planeta tierra.

Nuevamente se entristecieron las orquídeas remanentes. Pasaron varios días florales y, de pronto, una fuerza de la naturaleza las sacudió. El sacudón fue fuerte, tan fuerte, que el estante en donde ellas estaban se desintegró. Toditas se cayeron, se partieron los materos donde se encontraron y allí quedaron las plantas esparcidas en un completo desorden en la tierra. ¡Qué susto! Las orquídeas pensaban que había llegado su fin. Como pudieron, se acercaban unas a

otras estirando sus hojas y sus raíces para tocarse, para no perder la esperanza de que alguien pasara por ahí, las viera e hiciera algo. Si. La persona encargada del jardín las vio, dio la voz de alarma y como pudo, sin ningún material nuevo, trabajando con las uñas, arregló el estante, amarró los materos rotos y las colocó nuevamente en su lugar. Fue entonces cuando las orquídeas tomaron la decisión de sobrevivir. Tendrían que aguantar bastante tiempo todavía.

Pero a todo le llega su hora, y ya les tocaba a las orquídeas. Finalmente había llegado el momento en que alguien se ocupara de ellas de verdad. Un día vino un hombre joven que sabía mucho de todas las clases de plantas, especialmente de orquídeas. No sólo tenía conocimientos, sino que le gustaba las plantas. Las quería positivamente. Inmediatamente se dispuso a solicitar que se compraran estantes nuevos, porrones especiales, además de los desinfectante y alimentos que se requerían. Se sembraron nuevamente las orquídeas siguiendo todas las normas. Desde luego, también se desinfectaron y se alimentaron. La depresión en que se habían sumido desapareció como por encanto. Alguien las quería. Alguien las cuidaba. Alguien las tocaba. ¡Cómo se sentían distintas! Al poco tiempo se notó la diferencia. Todas levantaron sus hojas que ya habían enverdecido y comenzaron a brotar más raíces. No tardaron mucho para, desde el fondo de su ser, iniciar cada una el proceso necesario para el desarrollo de los botones que, envueltos en sus estuches, posteriormente se abrirían para exhibir orgullosamente sus maravillosas flores. Realmente el Creador se había esmerado mucho al hacer entrega de estas plantas tan especiales a la naturaleza.

Parece mentira que desde ese momento de renovación todas las personas de la casa, grandes y chiquitas, se acercaban a ellas para admirarlas y acariciarlas. Hasta el perro se les acercaba con mucho cuidado, pero se le veía la intención de participar el también de la alegría de verlas ahora con sus hojas brillantes, todas empeñadas en ofrecer sus flores. Una señora ya mayor se animó a visitarlas con frecuencia. Recordaba cuando, alguna que otra vez, el dueño de las orquídeas le traía una al escritorio de su estudio. ¡Cuanto tiempo había pasado! ¡Cómo habían cambiado las cosas desde ese entonces! Las orquídeas habían sido más valientes que ella. Ella se había desmoronado, pero estaba resuelta a no dejarse vencer y abrir un nuevo capítulo en su vida. Igual que las orquídeas.